

Dashiell Hammett

El hombre delgado



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *The Thin Man*
Traducción de Fernando Calleja

Primera edición en «El libro de bolsillo»: 1971
Tercera edición: 2011
Segunda reimpresión: 2020

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Alfred A. Knopf, Inc., 1934; renovado en 1962 por Dashiell Hammett
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1971, 2020
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADO

ISBN: 978-84-206-5358-7
Depósito legal: B. 8.971-2011
Composición: Grupo Anaya
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

11	Uno
14	Dos
17	Tres
21	Cuatro
26	Cinco
34	Seis
41	Siete
45	Ocho
55	Nueve
67	Diez
76	Once
92	Doce
98	Trece
113	Catorce
119	Quince
126	Dieciséis
133	Diecisiete
136	Dieciocho
146	Diecinueve
152	Veinte
163	Veintiuno
168	Veintidós
182	Veintitrés
194	Veinticuatro

199	Veinticinco
216	Veintiséis
233	Veintisiete
243	Veintiocho
252	Veintinueve
263	Treinta
273	Treinta y uno

A Lillian

Uno

Yo estaba apoyado en el mostrador de un bar de la calle Cincuenta y Dos, esperando a que Nora terminara sus compras de Navidad, cuando se me acercó una muchacha que había estado sentada con otras tres personas a una de las mesas. Era pequeña y rubia, y lo mismo era mirarle la cara que el cuerpo, en un traje de *sport* color azul pólvora: el resultado era igualmente satisfactorio.

Me preguntó que si era Nick Charles, le dije que sí, me ofreció la mano y me dijo:

–Soy Dorothy Wynant. No te acordarás de mí, pero seguro que te acordarás de mi padre, Clyde Wynant. Tú...

–Claro –dije–, y ahora ya sé quién eres tú. Pero entonces no tenías más que once o doce años, ¿no?

–Sí. Eso fue hace ocho años. Oye: ¿te acuerdas de aquellas cosas que me contabas? ¿Eran verdad?

–Probablemente, no. ¿Cómo está tu padre?

Se echó a reír.

—¡Eso es lo que te iba a preguntar yo! Mamá se divorció de él, ¿sabes?, y nunca tenemos noticias tuyas, excepto de vez en cuando, si los periódicos hablan de sus manejos. ¿Tú no le ves nunca?

Mi vaso estaba vacío. Le pregunté qué quería tomar y me respondió que un whisky con soda. Pedí dos y contesté:

—No. He estado viviendo en San Francisco.

—Me gustaría verle —dijo lentamente—. Mamá pondrá el grito en el cielo si se entera, pero me gustaría verle.

—¿Y?

—Ya no vive donde antes, en Riverside Drive, y no aparece ni en la guía telefónica ni en los anuarios.

—Prueba con su abogado —le propuse.

Se le iluminó la cara.

—¿Quién es?

—Solía serlo un tal Mac-algo... Macaulay, eso es. Herbert Macaulay. Estaba en el edificio Singer.

—Déjame cinco centavos —me dijo y se dirigió al teléfono.

Volvió sonriendo.

—Lo he encontrado. Está a la vuelta de la esquina de la Quinta Avenida.

—¿Tu padre?

—El abogado. Me ha dicho que mi padre no está en Nueva York. Voy a ir a verle —alzó su vaso y dijo—: Reuniones familiares. Oye, ¿por qué no...?

Saltó *Asta* y me metió en el estómago las patas delanteras. Nora, al otro extremo de la correa, dijo:

—Lo ha pasado divinamente esta tarde. Ha tirado una mesa llena de juguetes en Lorddy Taylor; en Saks' le ha

dado el susto de su vida a una señora gorda, lamiéndole una pantorrilla, y le han hecho caricias tres guardias.

–Mi mujer, Dorothy Wynant –las presenté–. Su padre fue cliente mío cuando Dorothy no levantaba ni tanto así del suelo. Buena persona su padre, aunque algo chiflado.

–Me fascinaba –dijo Dorothy refiriéndose a mí–. ¡Un detective de carne y hueso! No le dejaba en paz, siempre pidiéndole que me contara sus aventuras. Y me contaba unas mentiras terribles, pero yo las creía todas.

–Pareces cansada, Nora –dije.

–Lo estoy. Vamos a sentarnos.

Dorothy Wynant dijo que tenía que volver a su mesa. Le dio la mano a Nora; teníamos que ir a tomar una copa con ellos; vivían en el Courtland; su madre se llama ahora Jorgensen. Lo haríamos encantados; tenía que venir a vernos; estábamos en el Normandíe y nos quedaríamos aún en Nueva York una o dos semanas. Acarició la cabeza de la perra y nos dejó.

Encontramos una mesa, y Nora dijo:

–Es bonita.

–Para quien le gusten así.

–¡Ah! ¿Cuál es tu tipo? –sonrió

–Sólo el tuyo, cariño. Morenas larguiruchas con la mandíbula agresiva.

–¿Y la pelirroja con quien desapareciste anoche en casa de los Quinns?

–¡Qué tontería! Sólo quería enseñarme unos grabados franceses.

Dos

Al día siguiente me telefoneó Herbert Macaulay.

–Hola. No sabía que estuvieras otra vez aquí; me lo dijo Dorothy Wynant. ¿Qué tal si comemos?

–¿Qué hora es?

–Las once y media. ¿Te he despertado?

–Sí –dije–. Pero no importa. ¿Por qué no vienes tú a comer aquí? Tengo resaca y pocas ganas de recorrer la ciudad... De acuerdo, digamos a eso de la una.

Tomé un trago con Nora, que iba a ir a que le lavaran la cabeza; luego otro después de ducharme y ya me encontraba mejor cuando volvió a sonar el teléfono.

–¿Está ahí Mr. Macaulay? –preguntó una voz femenina.

–Todavía no.

–Siento molestarle, pero ¿le importaría decirle que llame a su despacho en cuanto llegue? Es importante.

Prometí hacerlo.

Macaulay llegó al cabo de diez minutos. Era un hombre grandón, de pelo rizado, mejillas lozanas y bastante buen aspecto, de igual edad que yo aproximadamente, cuarenta y un años, aunque representaba menos. Tenía fama de buen abogado. Había trabajado con él en varios asuntos cuando vivía en Nueva York y siempre nos llevamos bien.

Ahora nos estrechamos la mano, nos dimos palmadas en las espaldas, me preguntó qué tal me trataba la vida y le dije que bien, y se lo pregunté yo a él y me dijo que bien, y yo le dije que llamara a su oficina.

Se retiró del teléfono con el ceño fruncido.

–Wynant ha vuelto a Nueva York –dijo– y quiere verme.

Me volví hacia él con las bebidas que había preparado.

–Bueno, la comida puede...

–Déjale que espere –dijo y me cogió uno de los vasos.

–¿Sigue tan chiflado como siempre?

–No es broma –dijo solemnemente Macaulay–. ¿Sabías que le tuvieron en un sanatorio casi un año, en el 29?

–No.

Confirmó lo dicho con un gesto. Se sentó, dejó el vaso en una mesa junto a él y se inclinó un poco hacia mí:

–Oye, Charles: ¿qué manejos se trae Mimi?

–¿Mimi? ¡Ah, la mujer, la ex mujer! ¿Tiene que traerse manejos?

–Es lo corriente –dijo secamente, y luego añadió muy lentamente–: Supuse que tú lo sabrías.

Conque eso era.

–Escucha, Mac –dije–: hace ya seis años que dejé de ejercer como detective, en 1927.

Me miró extrañado.

–De veras –le aseguré–. El padre de mi mujer murió al año de casarnos y le dejó una fábrica de maderas, un ferrocarril de vía estrecha y otras cosas, y yo dejé la agencia para cuidar de sus bienes. Y en cualquier caso, no estaría trabajando por cuenta de Mimi Wynant, o Jorgensen, o como se llame. Nunca le gusté, y nunca me gustó ella a mí.

–No, si no creí que... –Macaulay se interrumpió con un gesto vago y cogió el vaso. Cuando se lo apartó de los labios dijo–: Es que algo me hizo pensar. Primero, me llama Mimi por teléfono, hace tres días, el martes, tratando de averiguar el paradero de Wynant. Luego, ayer, me llama Dorothy diciéndome que tú le dijiste que lo hiciese, y... creí que seguías de detective y me pregunté de qué se trataría.

–¿No te lo dijeron ellas?

–¡Sí, claro! ¡Querían verle por aquello de los viejos tiempos! Eso es significativo.

–Lo que pasa es que los abogados siempre estáis pensando mal –dije–. Se trataría de eso..., eso y dinero. Pero ¿por qué tanto jaleo? ¿Acaso anda él escondido?

Macaulay se encogió de hombros.

–Estoy tan enterado como tú. No le he visto desde octubre –bebió otro trago–. ¿Cuánto tiempo te vas a quedar en Nueva York?

–Hasta después de Año Nuevo –le dije y me acerqué al teléfono para pedir que nos subieran la carta del restaurante.

Tres

Nora y yo fuimos aquella noche al estreno de *Honeymoon*, en el Little Theatre, y después, a una reunión que daban unos tal Freeman, o Fielding, o algo así. Cuando me despertó a la mañana siguiente, me encontraba bastante bajo de forma. Me dio un periódico y una taza de café y me dijo:

–Lee eso.

Leí obedientemente un par de párrafos, luego dejé el periódico y tomé un sorbo de café.

–Nada tengo contra las diversiones, pero en este momento cambiaría todas las entrevistas con el alcalde electo, O'Brien, que jamás se hayan publicado, e incluso el asunto indio, por un trago de whis...

–Eso no, bobo –dijo y puso un dedo en el periódico–. Esto:

La secretaria de un inventor asesinada en su apartamento
Se descubre el cadáver acribillado de Julia Wolf.
La policía busca al hombre que la empleaba: Clyde Wynant

El cadáver acribillado a balazos de Julia Wolf, de treinta y dos años, secretaria particular de Clyde Miller Wynant, el conocido inventor, fue descubierto a última hora de la tarde de ayer en el apartamento de la mujer interfecta, en el núm. 411 de la calle Cincuenta y Cuatro Este, por mistress Christian Jorgensen, esposa divorciada del inventor, que había ido allí para tratar de conseguir la actual dirección de su ex marido.

Mrs. Jorgensen, que regresó el lunes pasado después de una estancia de seis años en Europa, dijo a la policía que oyó unos quejidos débiles cuando llamó a la puerta de la muerta, lo que comunicó al muchacho del ascensor Merwin Holly, el cual avisó a Walter Meany, conserje del edificio. Encontraron a miss Wolf tendida en el suelo de su al-

coba, con cuatro balazos en el pecho, disparados por un arma del calibre 32, y falleció, sin haber recobrado el conocimiento, antes de la llegada de la Policía y el médico.

Herbert Macaulay, el abogado de Wynant, ha dicho a la Policía que no ha visto al inventor desde el mes de octubre. Manifestó que Wynant le telefoneó ayer y se citó con él, pero que no acudió a la cita. Dijo desconocer el paradero de su cliente. Miss Wolf —manifestó Macaulay— llevaba ocho años empleada por el inventor. Dijo el abogado que nada sabía acerca de la familia de la mujer muerta o de sus asuntos particulares, y que no podía arrojar luz alguna sobre el asesinato.

Las heridas de bala no pudo habérselas causado la muerta, según...

El resto era lo que la Policía suele decir en casos parecidos.

—¿Crees que la mató él? —me preguntó Nora cuando dejé el periódico.

—¿Wynant? No me extrañaría. Está como una regadera.

—¿La conocías?

—Sí. ¿Por qué no me das un trago para aclararme la garganta?

—¿Cómo era?

—No estaba mal —dije—. No era fea y tenía buena cabeza y buenas agallas. Las dos cosas le hacían falta para vivir con ese sujeto.

—¿Vivía con él?

—Sí. Quiero un trago, por favor. Bueno, al menos cuando yo los conocía.

—¿Por qué no desayunas antes? ¿Estaba enamorada de él o era sólo por negocios?

—No lo sé. Es demasiado temprano para desayunar.

Cuando Nora abrió la puerta para salir, entró la perra, puso las patas sobre la cama y su cara en mi cara. Le rasqué la cabeza y traté de recordar algo que Wynant me dijo una vez acerca de las mujeres y los perros. No logré recordarlo, pero por algún motivo se me antojó que tenía una cierta importancia intentar recordarlo.

Nora volvió con dos vasos y otra pregunta:

—¿Qué aspecto tiene él?

—Alto, más de un metro ochenta y tres, y es uno de los hombres más delgados que jamás he visto. Debe de tener unos cincuenta años ahora y tenía el pelo casi blanco cuando yo le conocía. Suele necesitar un corte de pelo, tiene un bigote gris a rayas y se muerde las uñas.

Bajé a la perra de la cama para poder alcanzar el vaso.

–Suena subyugador. ¿Qué hacías con él?

–Uno que trabajó con él le acusó de haberle robado no sé qué idea o invento. Se llamaba Kelterman. Trató que Wynant se aviniera, amenazándole con matarle a tiros, volar su casa, secuestrar a sus hijos, cortarle el pescuezo a su mujer y qué sé yo si no le pagaba. Nunca le conseguimos agarrar. Probablemente le asustamos y se esfumó. En cualquier caso, las amenazas cesaron y no pasó nada.

Nora dejó de beber para preguntarme:

–¿Y era verdad que Wynant le robó eso?

–Vamos, vamos –le dije–. Es víspera de Navidad: trata de pensar bien de tu prójimo.

Cuatro

Aquella tarde saqué a *Asta* a dar un paseo, expliqué a dos personas que era una *schnauzer*, una terrier alemana, y no un cruce de terrier escocés e irlandés; me detuve en el bar de Jim para tomarme un par de copas, me topé con Larry Crowley y me lo llevé al Normandie conmigo. Nora estaba sirviendo cócteles a los Quinn, a Margot Innes, a un sujeto de cuyo nombre no me enteré y a Dorothy Wynant.

Dorothy me dijo que quería hablarme, así que nos llevamos nuestras copas a la alcoba.

Fue en seguida al grano:

–Nick, ¿crees que la mató mi padre?

–No. ¿Por qué lo voy a creer?

–Bueno, la Policía tiene... Escucha, ella era su querida, ¿no?

Asentí con un gesto y dije:

–Cuando yo los conocía.

Contempló su copa mientras decía:

–Es mi padre. Nunca le quise. Nunca he querido a mamá –alzó la vista–. No quiero a Gilbert.

Gilbert era su hermano.

–No te preocupes por eso. Hay mucha gente a quien no le gustan sus parientes.

–¿Te gustan a ti?

–¿Mis parientes?

–Los míos –me miró ceñuda–. Y no me hables como si todavía tuviese doce años.

–No, si no se trata de eso –le expliqué–. Es que empiezo a estar borracho.

–Bueno, ¿te gustan?

–No. Tú eras una buena chica, un poco mimada nada más. Puedo pasármelas sin los demás.

–¿Qué nos pasa? –me preguntó, pero no en tono de discutir, sino como si de verdad quisiera saberlo.

–Diversas cosas. Tu...

Abrió la puerta Harrison Quinn y dijo:

–Ven a jugar al ping-pong, Nick.

–Dentro de un rato.

–Y tráete a la belleza –dijo mirando a Dorothy con ojos lascivos y desapareció.

–Supongo que no conoces a Jorgensen –dijo ella.

–Conozco a un Nels Jorgensen.

–Hay gente que nace con suerte. Éste se llama Christian. Es un cielo. Ésa es mamá, se divorcia de un lunático y se casa con un gigoló –se le humedecieron los ojos. Un sollozo le entrecortó la respiración y preguntó: ¿Qué voy a hacer, Nick? –y su voz era la de una niña asustada.

La rodeé con un brazo e hice ruidos que esperé que fueran consoladores. Se puso a llorar sobre mi solapa. Empezó a sonar el teléfono de al lado de la cama. En la habitación contigua se oía *Rise and Shine* por la radio. Mi copa estaba vacía. Y le dije:

–Sepárate de todos ellos.

–No puedo separarme de mí misma –dijo con otro sollozo.

–Tal vez no sepa de qué estás hablando.

–Por favor, no me tomes el pelo –dijo ella humildemente.

Entró Nora para contestar el teléfono y me miró con una pregunta en los ojos. Le hice una mueca por encima de la cabeza de la chica.

Cuando Nora dijo «Diga» al teléfono, la chica se separó rápidamente de mí y se sonrojó.

–Per..., perdón –tartamudeó–. No quise...

Nora la miró compadeciéndose de ella, y yo le dije:

–No seas boba.

La chica encontró el pañuelo y se secó los ojos con él.

Nora estaba hablando por teléfono:

–Sí... Voy a ver si está. ¿Quién llama, por favor?

Puso una mano encima de la bocina del teléfono y se dirigió a mí:

–Es un hombre que se llama Norman. ¿Quieres hablar con él?

Respondí que no lo sabía y cogí el teléfono.

–Diga.

Y oí una voz algo áspera que decía:

–¿Mr. Charles?... Mr. Charles, tengo entendido que estuvo usted relacionado anteriormente con la agencia de detectives Trans-Americana.

–¿Con quién hablo? –pregunté.

–Me llamo Albert Norman, Mr. Charles, lo cual probablemente no quiere decir nada para usted, pero quisiera hacerle una propuesta. Estoy seguro de que usted...

–¿Qué clase de propuesta?

–No puedo discutirlo por teléfono, pero si me concede media hora puedo prometerle que...

–Lo siento. Estoy bastante ocupado y...

–Pero, Mr. Charles, se trata de...

Oí un fuerte ruido. Pudo ser un disparo, o un objeto que se cayera, o cualquier otra cosa que hiciera mucho ruido. Dije «Oiga, oiga» un par de veces, no obtuve respuesta y colgué.

Nora se había llevado a Dorothy al espejo del tocador y estaba consolándola con polvos y lápiz de labios.

–Un tipo vendiendo seguros –dije y pasé a la otra habitación en busca de algo que beber.

Había llegado más gente. Hablé con unos y con otros. Harrison Quinn se levantó del sofá en que estaba sentado junto a Margot Innes y me dijo:

–Venga, ahora el ping-pong.

Asta saltó y me pegó con las patas en la barriga. Apagué la radio y me serví un cóctel. El hombre de cuyo nombre no me había enterado estaba diciendo:

–Y vendrá la revolución y nos llevarán a todos al paredón, eso lo primero.

Me dio la impresión de que le parecía una buena idea.

Quinn vino a rellenar su copa. Miró hacia la puerta de la alcoba.

–¿De dónde has sacado a esa rubita?

–Solía jugar a los caballitos sobre mi rodilla.

–¿Cuál rodilla? –me preguntó–. ¿Puedo tocarla?
Salieron de la alcoba Nora y Dorothy. Vi un periódico de la tarde sobre la radio y lo cogí. Unos titulares decían:

JULIA WOLF FUE AMANTE DE UN GÁNGSTER.–
ARTHUR NUNHEIM IDENTIFICA EL CADÁVER.–
SIGUE SIN SABERSE EL PARADERO DE WYNANT

Nora, junto a mí, me dijo en voz baja:

–Le he dicho que se quede a cenar con nosotros. Sé bueno con la niña –Nora tenía veintiséis años–. Está hecha polvo.

–Lo que tú digas –volví la cabeza. Dorothy estaba en el otro extremo de la habitación, riéndose de algo que le estaba contando Quinn–. Pero si te empeñas en complicarte la vida con los disgustos de los demás, luego no esperes que yo vaya a darte besitos en donde te hagan daño.

–Está bien, mi grandísimo bobo. No leas eso ahora.
Me quitó el periódico y lo escondió detrás de la radio.